

RAFAEL TARRADAS BULTÓ
EL VALLE DE LOS ARCÁNGELES



I

En noches como aquella la casa inglesa resplandecía. Lucía se había esmerado en que lo hiciera, colocando miles de velas en todos los rincones del jardín, colmando la casa de flores y conjurando al clima para que tan solo una leve brisa acariciara a sus invitados: tres centenares de los más distinguidos habitantes de la isla. El calor había llenado las noches anteriores en la Gran Antilla, pero la temperatura en la plantación —el ingenio, como las llamaban en la isla— de San Gabriel aquella velada era perfecta y permitía que todos pudieran lucir cómodamente sus mejores galas.

Los rosas y morados del final del día aún luchaban con la negritud estrellada de la noche cuando la llegada de los invitados rompió poco a poco la calma del momento. Uno, dos, tres, quince, veintiocho... Lustrosos coches de caballos empezaron a penetrar, con los faroles encendidos, en el más hermoso de los valles de la isla, un lugar que todos los que tenían la fortuna de conocer jamás olvidaban, pero que pertenecía tan solo a tres plantadores, dueños de los ingenios azucareros de San Miguel, San Rafael y San Gabriel, en el llamado Valle de los Arcángeles.

El grueso de las fiestas de los hacendados se celebraba en La Habana, donde pasaban la mayor parte del año y muchos tenían imponentes palacios que constituían su auténtico hogar, así que aquella noche era atípica. Rara vez se los convocaba a una fiesta en un ingenio, por lo que hizo falta que los que nunca habían visitado el valle llegaran al camino de entrada de aquel glorioso lugar para convencerse de que el trayecto, tres horas de baches y polvo, bien había valido la pena.

A los lados de los cinco kilómetros de camino hasta la casa, se enfrentaban, cada pocos metros, esclavos portadores de antorchas vestidos con fajines dorados y, en cuanto se enfilaba el tramo final, aquel desde el que ya se podía vislumbrar la gran mansión al fondo, una resplandeciente hoguera la iluminaba de rojos y amarillos. La llamaban la casa inglesa porque era réplica de una casa construida siglos antes en medio del campo inglés, y era tan inusual en Cuba que los que la observaban lo hacían con admiración y curiosidad, sin saber del todo si les gustaba o les horrorizaba, igual que sentían los recién llegados a la isla con los animales o las plantas que la habitaban. Muchos cuchicheaban, señalando divertidos las ventanas con cristales o el mobiliario que la decoraba, pero a los Serrano les daba exactamente igual: su casa era tan excéntrica como ellos mismos.

Para empezar, a diferencia de los que bailaban y departían en sus salones, su dueña odiaba aquellos eventos. Los odiaba, pero comprendía el fin al que servían y era una maestra en su organización y una sagaz asistente a su desarrollo. Vivían en un sistema que se perpetuaba cuando el resto del mundo lo abandonaba, y necesitaban verse, apoyarse y hacer planes para un futuro que sabían incierto. Los plantadores de azúcar de Cuba formaban una élite tejida por familias que se mezclaban, empresas que se asociaban, negocios mutuos e intereses compartidos.

—Sabes, Bruno —le dijo Lucía Gorchs a su hijo antes de bajar a la entrada de la casa—, nada en la vida es gratis, aunque a veces lo parezca. Habría sido más fácil, más práctico y más sencillo no organizar nada esta noche, igual que para muchos de nuestros invitados lo hubiera sido no asistir. Pero la amistad, el amor, la familia... requieren esfuerzo; también los negocios. Es la soledad la que nos pide poco. El que es querido suele ser el que se ha esforzado en serlo. No sé si me explico. Hijo, si te invitan a un lugar, ve, pues han pensado en ti; si sabes que alguien está mal, intérate, pues es más difícil acompañar a un triste que a un alegre y por ello valoramos más a los que nos consuelan que a los que solo nos buscan para divertirse. Da tu apoyo y tu compañía a todos los que la puedan agradecer, aunque a veces estés cansado. A menudo, cuando alguien cuenta contigo para algo, el mensaje que das tú cuando no acudes es que no cuentas con él de la

misma manera. No hace falta aceptar todas las invitaciones, pero hay que esforzarse en dar cariño. Hay que ser considerado. Todos los que hoy han acudido aquí lo son. Valóralo. Si un amigo o un pariente siente que no lo ves, que no te interesas por él, que él tiene un cariño por ti que no es recíproco, que es él el que se empeña en verte cuando tú huyes con excusas que no cree, antes de que te des cuenta lo habrás perdido sin remedio. El egoísmo peor es el del alma, el del corazón, y lo que das es lo que recibirás. Cuando estés invitado en una fiesta, en un evento, haz ver que ese es el mejor lugar en el que podrías estar. El invitado que siempre parece querer irse, el que cree que hace un favor al estar es el invitado que todos aborrecen y al que nadie echa de menos cuando se va; más bien al contrario. —Se arregló un poco la diadema de brillantes con la que trataba infructuosamente de domar su pelo escarolado antes de seguir—. Han venido muchos amigos, démosles las gracias y hagámosles sentir que somos dignos de su amistad. Que empiece el espectáculo.

Se dio un último vistazo al espejo, se recolocó el vestido bordado en plata sobre su huesudo cuerpo de medio siglo de edad y bajaron a la entrada, donde Bruno vio a su madre recibir a los invitados con una sonrisa a pesar de que algunos le aburrían soberanamente y a otros apenas los conocía.

Pero Bruno no necesitaba que su madre le dijera que debía relacionarse. Lo sabía, lo hacía desde niño con los de su edad sin importarle si eran hijos de plantadores o de esclavos y aún a sus veintidós años alternaba con gente de cualquier origen o raza... esencialmente de género femenino. Cruzó el salón principal y salió al jardín delantero de la casa, que se articulaba en torno a una gran avenida de hierba salpicada de arriates de flores que, nuevamente, iluminaban esclavos con antorchas y grandes candelabros. Una orquesta versionaba con ritmos caribeños partituras europeas y algunos invitados ya circulaban moviéndose a su ritmo. A cada rato, se lanzaban fuegos artificiales, sin motivo ni tempo determinado, que iluminaban con colores el valle boscoso que se desplegaba a sus pies.

Recorrió con la mirada la concurrencia. Quería relacionarse siguiendo los consejos de su madre, pero sobre todo obligado por

sus instintos, su sangre joven y su cuerpo maduro de espíritu aún adolescente. Desde que a los dieciséis había descubierto el calor del cuerpo femenino, nunca tenía bastante. Como el agua y la comida, necesitaba la piel del sexo opuesto con frecuencia, saciándose tan solo por un corto tiempo antes de volver a por más. Con todo, contrariamente a lo que su madre afirmaba que se conseguía prestando atención a las relaciones sociales, él se había granjeado más enemigos que amigos. Ciertamente era que acudía a las mujeres sin hacer caso a escrúpulos, normas o convenciones, tan solo para divertirse, pues la diversión parecía ser el único fin de su existencia.

Su porte ayudaba en aquella tarea. Alto, moreno y con un cuerpo que se mantenía en forma a pesar de los excesos, la sola mirada de sus ojos verdes había hecho ruborizar a muchas mujeres. Luego, cuando se mostraba galante y seductor, muchas no podían creer que un joven como él se hubiera fijado en ellas. La decepción venía poco después de decidir arriesgarse y ceder a sus encantos, cuando comprendían que el amor, a veces incluso la atracción que Bruno había sentido por ellas, era fugaz y ligero como el viento.

Había conquistado a solteras con promesas que en el momento sentía ciertas y luego se diluían como el azúcar que cultivaba su familia, pero también a muchas casadas, esposas de plantadores que las abandonaban durante la zafra, la complicada cosecha de la caña de azúcar, o que las habían usado tan solo para engendrar herederos de piel clara antes de lanzarse a los cuerpos exóticos de sus esclavas. Bruno tampoco había podido resistirse a esa tentación, pocos podían hacerlo. Pese a que en San Gabriel sus padres le habían prohibido tajantemente yacer con las esclavas, la obediencia de aquella norma le había resultado imposible. Ningún plantador había conseguido que los esclavos se vistieran con decoro y en su ingenio, como en todos, muchos iban prácticamente sin ropa. Así, mandingas, wolofs, kongas y yorubas paseaban sus pechos desnudos frente a él, someramente ataviadas con las ropas viejas que, hechas jirones, eran las que preferían usar en su extenuante trabajo, reservando la ropa nueva que recibían dos veces al año para las ocasiones especiales. Con todo, Bruno nunca había forzado a ninguna, simplemente dejó que ellas también cayeran en la tentación. Y caían, vaya si lo hacían.

Se peinó hacia atrás con la mano mientras recordaba las pasadas noches. Había estado en La Habana con una viuda algo mayor que él, una experta en el arte de la cama a quien veía de vez en cuando y que le enseñaba a moverse con la soltura de un conquistador. Sabía tocar, decir y rozar, sabía moverse y agasajar, sabía lo que las mujeres querían y estaba dispuesto a darlo a cuantas quisieran probar. Al volver a San Gabriel, había practicado lo aprendido con Clara, una wolof de piel oscura como el ébano y ojos y dientes blancos como la luna. La joven se había casado hacía poco con uno que habían elegido para ella los de su etnia, algo habitual entre los esclavos. No quería a su marido, pero tampoco se sentía desgraciada por haber hecho lo mismo que todas sus compañeras en el patio de la negrada. Acabada la zafra, habían trasladado al hombre al puerto de Matanzas y esperaban que no volviera hasta al cabo de un mes, así que tenía a Clara solo para él. Ella había justificado su falta de fidelidad al agotamiento de su marido, que durante toda la cosecha había sido incapaz de volver a yacer con ella. A Bruno no le importó; como siempre, simplemente quiso pasárselo bien.

A lo lejos, en una esquina bajo un flamboyán, reconoció a uno de sus grupos favoritos. Se acercó con el pecho hinchado y su sonrisa seductora, y convencido de que aquella noche no tenía rival, se unió al grupo del que se sabía estrella. Estaban sentadas, riendo, vestidas lujosamente y enjoyadas como solo la falta de modestia criolla recomendaba. Junto a ellas, un esclavo con librea sostenía la tercera botella de champán, de la que daban cuenta a buen ritmo.

—Eliza, Marta, Eugenia, Paula, Carolina, Macarena... —No recordaba la mayoría de las capitales europeas, pero jamás olvidaba el nombre de una chica guapa—. Qué maravilloso es teneros en casa.

—Nos divierte verte en acción, Bruno, esa es la verdad. ¿A quién vas a romper el corazón esta noche? —respondió Eugenia mirándolo a los ojos. Habían pasado una noche juntos en la plantación de sus padres, pero nunca más habían vuelto a verse de aquella forma, pese a que a Bruno le hubiera gustado.

—Tan solo quiero estar con todo el que pueda. Atender a los amigos.

—A las amigas, dirás —intervino Eliza—. Pocos amigos tienes tú.

—Me interesan más las mujeres, no lo negaré —dijo él, socarrón.

—Al ritmo que vas, querido, en unos años te tendrás que trasladar a Puerto Rico—apuntó Macarena tocándole la pierna.

—¡Tendrás que «huir» a Puerto Rico! —dijo Paula entre risas—. Más de uno te mataría gustoso... y eso que muchos infelices no saben que jamás te han asustado las casadas.

—Solo son rumores maliciosos —respondió él, sabiendo que ninguna le creía.

—Supongo que ellas tienen parte de culpa —objetó Paula—. Esas mujeres, quiero decir. Todas saben de tu fama y sin embargo... les da igual. Has decepcionado solo a las ilusas que pensaron que les darías algo más que una noche, no te preocupes demasiado. Además, no creo que pudieras conquistar a cualquiera, te sería difícil seducir a una mujer inteligente y centrada que quisiera mantener su virtud, no entregarse al primero que pase, por muy guapo que sea. —Le guiñó un ojo, cómplice—. A mí eso siempre me dio igual, pero no podrías con una mujer inteligente que no estuviera dispuesta a un *affaire* fugaz. Que tuviera las cosas claras.

—Ninguna lo tiene suficientemente claro, amiga mía —dijo él.

—No podrías con Inés —apuntó Marta—. Esa es un hueso duro de roer.

—¿Inés? ¿Inés Fernández? —preguntó Bruno.

—Esa —confirmó ella.

—No me gusta Inés. Siempre está trabajando.

—Es pobre —dijo Carolina—. ¿Qué quieres que haga?

—Me da igual eso. Me parece triste, me deprime. ¿En qué trabajaba? Nunca lo recuerdo —dijo, acostumbrado a volver siempre la cara a los problemas.

—Es enfermera, así que probablemente sea lo más adecuado para ti, que necesitas atención, incluso si tienes suerte y nadie acaba partiéndote la cara. Mírala, allí está —dijo Carolina señalando al otro lado del jardín—. A mí siempre me ha parecido que tiene porte. Incluso con ese traje que le he visto ya tres o cuatro veces.

Bruno giró la cabeza. Efectivamente, al fondo del jardín Inés Fernández departía con un grupo de hombres de edad similar a la suya. La joven no se encontraba entre las más guapas de la fiesta y tampoco podía lucir los vestidos y las alhajas de las ricas herederas cubanas, pero suplía aquellas carencias con su inteligencia y su

simpatía. Su decisión de afrontar una vida que no le había puesto las cosas fáciles con humor y sin quejas despertaba interés en muchos hombres, que ella atendía alegre y divertida, pero sin dar la más mínima oportunidad a una relación amorosa que parecía no ansiar o estar seleccionando cuidadosamente.

—En cualquier caso, la puedo conquistar ahora mismo si quiero —alardeó Bruno.

—Hazlo. Hazlo, por favor. Nada me gustaría más que ver cómo Inés te da calabazas —dijo Eliza alargando su copa para que le sirvieran más champán.

—Tus deseos son órdenes —dijo Bruno antes de rematar su bebida, posarla sobre la bandeja del esclavo y dejar a las muchachas atrás.

Seguro de sí mismo, avanzó hacia donde Inés se encontraba. Sonrió pensando en los ojos de aquel grupo tan divertido, que sentía clavarse en su espalda mientras ellas rellenaban sus copas y encaraban las sillas para ver la función.

El baile había empezado y sus padres recorrían la pista de lado a lado en una contradanza. Su madre lucía la sonrisa forzada que solo él detectaba y bailaba arrítmicamente con su padre, probablemente añorando los bailes de los esclavos, a los que se unía en las fiestas que compartían con ellos, que eran las que la divertían de verdad.

Se acercó a Inés. No, definitivamente no era la más guapa de la fiesta y, sin embargo, acaparaba la atención de varios amigos, incluida la de Rafael Viader, vecino de la plantación que lindaba con San Gabriel e incansable conquistador. Se unió a la conversación del grupo, aburriéndose rápidamente a la espera de que lo dejaran solo con ella. Al rato, viendo que era imposible, empezó a distraerse mirando alrededor mientras simulaba escuchar. A pocos metros, sosteniendo una bandeja, reconoció una cara oscura que brillaba, mojada por las lágrimas. Lloraba lentamente y en silencio, pero como esclava que era, a todos los invitados les había resultado invisible, indigna de su atención. Él, en cambio, la conocía bien. Abandonó el grupo para acercarse a la mujer. Ella levantó la cabeza e intentó contenerse, avergonzada, al verlo.

—Caridad, ¿qué sucede? No puedes ponerte a llorar así, delante de los invitados; ¿acaso quieres arruinar la fiesta? —le recriminó sin pensar ni por un segundo en los motivos de su tristeza.

La joven negó con la cabeza sin poder dejar de llorar.

—Acompáñame, anda —le dijo él, cogiéndola del brazo y mirando alrededor, intentando no llamar la atención.

La llevó al espacio que se cerraba tras unos cedros de ramas anchas y tupidas. No era la primera vez que tocaba aquel brazo; en realidad, el cuerpo de Caridad no tenía secretos para él. Se había acostado con ella muchas noches hacía algunos meses. ¡Cómo resistirse a aquel cuerpo nuevo y suave! La miró, serio.

—¿Se puede saber qué te sucede? No puedes estar llorando en medio de una fiesta. ¡Es deprimente!

Ella sollozó.

—¿Qué te pasa, Caridad?

La joven levantó la cara y se armó de valor para hablar.

—Estoy encinta —dijo, sosteniéndole la mirada y confirmándole lo que Bruno ya suponía.

No era la primera vez que le pasaba. De hecho, creía que era la tercera, aunque no estaba seguro del todo porque una de las esclavas con las que había tenido relaciones jamás había confirmado que el niño de piel canela que había parido fuera suyo. Su padre también había tenido un hijo hacía años, al que había dado la libertad al cumplir los doce para no tener que verlo más. Así que sabía lo que tenía que hacer.

—No te preocupes, Caridad. Tendrás un hijo precioso que te adelantará en raza. —Cuando una negra tenía un hijo de piel más clara, a menudo lo consideraban una mejora, por lo que decían que los había «adelantado»—. Y tú podrás salir del campo y vivir en La Habana. Mañana mismo lo organizaré todo. Hay varias mujeres que necesitan amas de cría y tus pechos seguro que serán abundantes para amamantar sobradamente a tu hijo y al de tu nuevo amo.

—Pero entonces...

—Te irás de San Gabriel. Me ocuparé de que se quede contigo una buena familia de La Habana. Y a los doce años tu hijo será libre, y tú también, porque así lo estipularemos en la venta. Soy una persona de buen corazón, ya lo ves, no tienes nada de qué preocuparte.

—Pero mi familia... —musitó ella.

—Tu familia será tu hijo. ¿A quién tienes aquí? —se impacientó Bruno, ansioso por volver a la fiesta y finiquitar aquel tema secundario.

—Lucas, mi hermano, y Elías, su hijo, mi sobrino. Son lo único que tengo. Lucas trabaja en San Rafael.

—Bueno, los verás cuando seas libre. Podrás volver al valle a visitarlos. ¡Eres muy afortunada!

—Amo Bruno, yo...

—No hay más que hablar. Pero no quiero verte llorando. Vuelve al patio de la negrada y descansa. Esta semana quedará todo organizado, si Dios quiere. No cuentes nada a nadie, los esclavos son envidiosos, que no te perjudique su inquina.

Lo cierto es que lo único que le preocupaba a Bruno era que su madre se enterara de aquello. Lo demás no tenía ninguna importancia. Ni una brizna de espíritu paternal le rozó, ni sintió por un solo segundo que tuviera algo que ver con el niño que Caridad llevaba dentro de sí. No dudaba que era suyo, por supuesto, pero lo sentía tan lejano como a cualquier otro hijo de esclavo.

Su madre no podía enterarse si quería que le siguiera teniendo cualquier tipo de consideración. Le había prohibido explícitamente que tuviera relaciones con las esclavas, «que se aprovechara de ellas», había dicho. Aunque vivían en un mundo que se sostenía sobre el sistema esclavista desde hacía siglos, Lucía había convencido a su marido para cambiar las cosas y hacía años que trataba a los que trabajaban sus cañaverales con inaudita compasión. Los pasos que pretendía dar en los siguientes años asustaban tanto a su marido como a su hijo, pero ninguno de los dos tenía la fuerza para imponerse a ella que, más centrada, más decidida y probablemente más inteligente, arrasaba con cualquier opinión que chocara con sus planes.

Hablaría con Manuel Mantecón a la mañana siguiente. El mayoral se encargaría de todo.

Volvió a la fiesta. Vio que el grupo de Inés Fernández se había desperdigado y ella reía con complicidad junto a un hombre bien plantado que le prestaba toda su atención. En el otro lado de la pista, el grupo de amigas que le había retado lo saludó levantando la copa. Había perdido la apuesta y quiso decirles que le importaba

bien poco, pues era absurdo seducir a alguien que no le agradaba lo más mínimo, pero dejó las justificaciones de su fracaso para más tarde. Sondeó la pista de baile, los diferentes grupos, los veladores y los rincones de la celebración, que transcurría con brillantez, en busca de una nueva presa. En la glorieta de hibiscos, una joven levantó la mirada para cruzarla con la suya y sonrió, pícara. Estaba hablando con un joven que se esforzaba en captar su atención sin darse cuenta de que ella ya había elegido y el pobre no tenía nada que hacer. En cuanto vio a Bruno acercarse, simplemente plantó a su acompañante sin importarle lo más mínimo dejarlo con la palabra en la boca.

Bruno sonrió. Las fiestas eran como la naturaleza misma. La leona más guapa de la manada rechazaba sin piedad a cualquiera que no fuera el león dominante. Le gustó pensar que él lo era. Se encontraron cara a cara y ella se desenguantó la mano para que se la besara.

—Alejandra Aguilera.

—Hija de don Francisco Vicente, supongo.

—Supone bien —dijo ella.

Los Aguilera eran famosos en la isla y muy importantes en la provincia de Santiago de Cuba. Habían pedido permiso al rey para cubrir el suelo de su palacio con monedas de oro del imperio. El rey les había autorizado a hacerlo siempre que las pusieran de canto, ya que de otra forma pisarían su efigie o el escudo de España, y ellos habían accedido. Bruno no había visto la obra aún, pero la noticia de aquella excentricidad había corrido de boca en boca y confirmado la inmensidad de su riqueza. Lo que no conocía —en realidad, lo único que le importaba— era la belleza de su hija. Rubia, de tez pálida y mejillas sonrojadas, su vestido verde agua dejaba asomar un busto joven y terso y unos brazos finos y elegantes. Sus ojos azules hablaban de una sangre blanca pura, como la que las madres criollas ansiaban para sus hijos, y todo en ella resplandecía con lujo. A Bruno le daba igual que fuera cargada de brillantes y perlas siempre que le fuera fácil desprenderse de ellas llegado el momento.

—¿Bailamos? —le dijo, más afirmando que preguntando.

—Me encantaría —respondió ella.

Ambos eran excelentes bailarines, pese a que los bailes cubanos no siempre eran fáciles, y enseguida llamaron la atención de todos

los que los rodeaban. Parecían encantados de hacerlo, de ser el foco de las miradas, pues ambos se sentían en la cúspide de la pirámide, príncipes de aquella sociedad. Cuando acabaron, algunos a su alrededor aplaudieron, y Bruno ofreció su brazo a Alejandra, que se colgó de él dejándose guiar.

Pidió una botella de ron y dos vasos, y pasearon alejándose de la música hasta una pequeña plazoleta animada por el rumor de una fuente con angelotes de piedra. Se sentaron en un banco, intencionadamente más juntos de lo que el recato marcaba al saberse fuera de la vista de los invitados. Él sirvió dos copas y brindó.

—Por el primero de muchos bailes. Que volvamos a causar sensación.

Alejandra rio y brindó.

—Por la primera de las muchas cosas que podemos hacer juntos —contestó, audaz.

Bruno sintió la reconocible excitación que precedía a sus conquistas, convencido de que aquella joven ya había caído irremediablemente en sus redes. Bebieron la copa en dos tragos y se quedaron mirándose. Él acercó la mano lentamente para acariciarle el pelo; luego pasó las yemas de sus dedos por la nuca de Alejandra y sintió la piel fina de aquella depresión entre los músculos que sostenían su preciosa cabeza. Ella le dejó hacer, cerrando los ojos con placer.

—¿Y qué cosas se te ocurre que hagamos juntos? —preguntó tuteándola, pues tenía la teoría de que demasiada educación aburría a las mujeres.

—Cosas importantes —respondió ella, irguiéndose un poco y abriendo los ojos, rompiendo el momento.

Bruno apartó la mano del cuerpo de Alejandra.

—¿Cosas importantes?

Si iban a hablar de boda o de relaciones serias, estaba listo para levantarse e irse. No soportaba que se le propusieran.

—Sí —dijo ella—. Somos jóvenes y somos poderosos. Podemos hacer cosas muy importantes juntos. De eso quería hablarte.

—No te entiendo —respondió aturdido. Por alguna razón empezaba a creer que no era su planta distinguida ni su atractivo lo que le habían llevado a aquel rincón.

—Bruno. Somos la élite de Cuba. Somos capaces de seducir a quien queramos, podemos convencer a quien haga falta. Tenemos recursos ilimitados y nuestras familias son prestigiosas. Todos nos escuchan. Debemos aprovechar lo que nos ha sido dado. —Estaba completamente perdido y Alejandra lo notó—. Vivimos como una colonia, a expensas de lo que nos dictan unos señores que están a kilómetros de distancia y no nos conocen.

—Vivimos mejor que todos ellos —se apresuró a rebatir él.

—Bueno, pero podríamos vivir mejor aún. Decidir nosotros.

—¿Me estás hablando de independencia?

Bruno odiaba la política. Huía del tema como de todo lo que no le proporcionara placer.

—Por supuesto. En oriente todos hablan de ello. Ahora necesitamos que os empecéis a organizar aquí también. Tú podrías hablar con muchos. La gente te quiere, te hace caso.

Bruno ya había oído bastante.

—Alejandra, te equivocas conmigo. Me quieren las mujeres, pero hay muchos hombres que me detestan y solo mis esclavos me hacen caso.

—No digas eso, está claro que...

—Está claro que, además, no soy de los que quieren la independencia —la interrumpió—. Tampoco soy abolicionista, si eso es lo próximo que piensas contarme. Yo soy Bruno Serrano Gorchs y con eso me basta. Me basta con que todo siga exactamente igual para estar contento, con no tocar nada y seguir obedeciendo con laxitud a mi reina, lo mismo que quiere la mayoría de los plantadores de occidente.

—Eso me decepciona —dijo ella.

—Soy yo el decepcionado. No sabía que fuerais una familia de traidores —dijo él, apartándose de Alejandra.

—Bruno, no somos traidores. En unos años todo cambiará y tendrás que elegir bando.

—Ya he elegido. El bando de los que no queremos estropearlo todo. El bando de los que piensan que ya tenemos infinitamente más que la mayoría. El bando de los de occidente, de los que hemos trabajado, hemos sido cautos —dijo sin poder creer que se estuviera atribuyendo el mérito— y hemos conseguido no arrui-

narnos con aventuras cafeteras y negocios arriesgados. Si los fracasados de oriente os han convencido a vosotros, ese no es mi problema.

—Mi padre no ha fracasado —apuntó ella, ya completamente seria y segura de que no conseguiría hacer de Bruno un cómplice de la revolución por la independencia.

—Si tu padre está metido en esto, es que le ha pasado lo que a muchos hombres ricos. Cuando ya no lo pueden ser más, quieren ser poderosos. Tu padre morirá pobre y fuera de Cuba si se mete en esos líos.

—Mi padre será tu presidente si sobrevives a la revolución —zanjó ella.

Se miraron. A Bruno ya no le parecía guapa. De hecho, le molestaba tenerla cerca. No solo por sus ideas políticas, sino, sobre todo, porque estaba perdiendo un tiempo precioso que podía haber aprovechado para conquistar a alguna chica atractiva y fogosa para divertirse en lugar de malgastar la noche con utopías políticas. Sin ápice de educación, enfadado y sintiendo que ya no podría remontar la fiesta, se levantó y la dejó allí sentada.

—Todos tienen razón —oyó decir a su espalda—. Eres odioso.

Se empezó a dirigir a la pista con paso firme, presto para dar una última oportunidad a la noche, pero su madre fue hacia él, abortando toda posibilidad de conquista.

—¿Te diviertes? —le preguntó Lucía.

—No mucho de momento —respondió él—. Espero hacerlo en un rato.

—¿De veras? ¿Y qué sucederá en un rato?

—Las fiestas siempre se animan más al cabo de un par de horas. Hay que dar tiempo a que el ron haga su trabajo. Mucha gente se equivoca, es al principio cuando se dicen tonterías. Al final de las fiestas, se dice lo importante.

—Eres un experto en fiestas. Eso no tiene nada de malo. Debes divertirme —insistió Lucía

—Eso hago.

—Lo sé. También haces otras cosas que no me gustan. Ve con cuidado. Hijo, tú no tienes la culpa de lo que los demás esperemos de ti, pero si te advierto es porque me preocupa. No tienes que ser

plantador, no tienes que dedicarte a esto si no te gusta, pero te tienes que dedicar a algo. *¿Quo vadis*, Bruno?

—Me gusta esto. Me encanta el ingenio, siempre me ha gustado. Madre, ¿de veras tenemos que hablar esto ahora? —dijo como si suplicara en busca de clemencia, seguro de no poder soportar más aburrimiento. Por alguna razón parecía que todos se habían puesto de acuerdo para arruinarle la fiesta.

—Sí, pero creo que no te gusta por lo que debe. Te gusta por el dinero y por el poder. Pero se avecinan tiempos convulsos, y eso puede cambiar. Cada conversación que he mantenido esta noche apunta en la misma dirección. Tienes que pensar en que no todo va a ser lujo y poder, te tiene que gustar esto de verdad, te tiene que gustar el campo si quieres luchar por él. Si te gusta, yo te legaré San Gabriel intacto aunque me cueste la vida. Decide si quieres que lo haga. Si quieres dedicar tu vida a esto.

—Quiero, madre. Claro que quiero.

—Si te lo digo es porque tienes aquí a todos los plantadores de la isla, a los principales navieros, a la gente que manda en el síndico y los clubes... y te dedicas a pavonearte con tus amigas.

—Yo...

—Decídetes. Si quieres ser plantador, espabila.

Se dio la vuelta, levantó la copa saludando a alguien a lo lejos y lo dejó allí. Plantado y sin ánimo para divertirse como quería, Bruno decidió que lo mejor sería volver a su habitación y acabar con aquella noche horrible.

Los días siguientes resultaron agobiantes para Bruno, fundamentalmente porque tenía algo que hacer, cosa no del todo habitual en él. Habló con su mayoral, que enseguida localizó una casa que buscaba un ama de cría y organizó el traslado de Caridad a La Habana. Allí permanecería en el palacio de la familia hasta una semana después de dar a luz, momento en el que se haría efectiva su venta a aquella otra casa. Manuel Mantecón era un hombre discreto, que le guardaría el secreto y llevaría el asunto con el cuidado que requería. Por él supo que dos días después Caridad ya se había instalado en La Habana y dejó el tema cerrado, presto para olvidarlo completamente.

Además, pasó la semana que siguió a la fiesta atendiendo a tres plantadores que se habían quedado en San Gabriel, hombres aburridos que solo hablaban de azúcar, lo que rodeaba al azúcar y más azúcar, con los que intentó, sin éxito, acercamientos cómplices cuando estos vieron a las hermosas negras del patio de los esclavos o tras algunas copas de ron.

Bruno no los culpaba cuando lo miraban como lo que era, un niño mimado al que todo le había sido dado, pero echaba de menos que le ofrecieran algo más que miradas displicentes y tonos serios. En varias ocasiones lo intentaron preocupar con sucesos de asesinatos y cimarrones, esclavos rebeldes y fugitivos que protagonizaban las historias del peligro creciente que amenazaba a los de su condición, amenazas que Bruno jamás había sentido. A él, Cuba aún le resultaba segura y los movimientos independentistas y abolicionistas —incluso después de su conversación con Alejandra Aguilera— le parecían ideas residuales de unos pocos iluminados. Ciertamente era que tampoco se interesaba demasiado en informarse. Confiaba en el ejército español, que tenía una presencia abundante en la isla, y en el gobierno del capitán general, a quien no le temblaba el pulso a la hora de ser expeditivo. Desde la sangrienta revolución en la vecina isla de Santo Domingo, se controlaba que la población esclava no superase demasiado a la libre y cada rebelión se había aplastado sin piedad. Con todo, aquellos invitados le detallaron cuantas noticias de asesinatos y revueltas en el campo conocían. Él sabía que cada vez se repetían con mayor frecuencia, causando intranquilidad —cuando no temor manifiesto— en las haciendas; también que los plantadores más previsores estaban tomando medidas para no ser los siguientes, pero por alguna razón no pensó que ellos necesitaran preocuparse. En el Valle de los Arcángeles solo sabían respirar paz y era difícil entender lo que sucedía allende las colinas verdes que los rodeaban.

Cuando desde la entrada de su casa los vio alejarse en sus carruajes, suspiró aliviado, orgulloso de haber atendido a aquellas personas tediosas y sin humor. Su madre, a su lado, lo miró desde la sombra de su pámela.

—Bueno, no ha sido tan terrible, ¿no es así, hijo?

Él la miró y puso los ojos en blanco mostrando su hastío.

—No, pero mañana me voy a La Habana. Necesito divertirme un poco.

Eso hizo. Se instaló en el palacio familiar de intramuros, que utilizaba casi en exclusiva, y se dispuso a disfrutar de días ociosos, con largas sobremesas que empalmaba con cenas bien regadas de ron, que siempre concluían en los bailes de cuna, los bailes populares de los bajos fondos habaneros. En tres días vio a cuatro hermosas mujeres amanecer entre sus sábanas, acarició sus cuerpos morenos o blancos y, sin recordar del todo lo que las había llevado hasta allí, quedó satisfecho y orgulloso por aquellas conquistas que realizaba sin esfuerzo. Caridad no se cruzó ni una sola vez con él, ni por el palacio, ni por sus pensamientos.

El miércoles, cuando se interesó por el motivo por el que se estaban preparando las dependencias de su padre, le informaron de que una paloma mensajera había avisado de su llegada al palacio al día siguiente. Supuso que acudía a La Habana para lo mismo que lo había hecho él: visitar a sus amantes, comer en buenos restaurantes y emborracharse con amigos, pero lamentablemente aquel era uno de los escasos viajes que hacía por otros motivos. Lo supo en cuanto lo vio llegar, al día siguiente, en compañía de uno de sus contables. Venía a «hacer gestiones» y, para su desgracia, pidió que lo acompañara en todo.

«Hacer gestiones» era el eufemismo que su padre utilizaba para lo que normalmente significaba acudir al banco poco menos de tres horas para ser recibido como un rey y decidir qué dinero dedicar a una u otra cosa. Bruno escuchó sin participar demasiado, mirando de vez en cuando el reloj disimuladamente y preguntándose si aún estaría a tiempo de llegar a una comida que tenía planeada en el restaurante Tullerías. Pasadas dos horas, desanimado al ver que sería imposible escapar de aquel elegante despacho, prestó algo más de atención a lo que el banquero y su padre trataban entre papeles, cheques y recibos.

Le explicaron que la mayor parte de lo que ganaban lo enviaban a sus bancos en la península. Bruno siempre lo había supuesto, pues sus padres siempre se referían a Barcelona como un lugar más seguro, un origen al que volver, aunque en realidad jamás se lo plantearan. Él nunca había pensado en abandonar el edén que habitaba.

Cuba era la joya más resplandeciente del menguante Imperio español, y ellos formaban parte de la élite de aquel lugar, así que no habría tenido sentido renunciar a ella, pero, por alguna razón, sus padres siempre hablaban del otro lado del océano con nostalgia. Con todo, aunque la Gran Antilla fuera la provincia más rica del imperio y a su juicio la mejor para vivir y enriquecerse, el siglo había visto a muchas de las preciadas posesiones españolas de ultramar desprenderse del manto —el yugo, decían algunos— de Madrid, y no convenía correr ningún riesgo. Así que el dinero se enviaba a la vieja Europa. Si esa era la manera de seguir siendo rico, a Bruno le parecía muy bien.

Cuando por la tarde llegaron al palacio, su padre le comunicó que volverían juntos a San Gabriel, confirmando sus sospechas. Su madre se estaba hartando de su vida disoluta y había decidido tomar cartas en el asunto para hacer de su heredero un hombre respetable. «Va a tener trabajo», pensó Bruno para sus adentros.

A las cinco de la tarde del día siguiente rebasaron los monolitos de piedra que, con forma de espadas, daban acceso al Valle de los Arcángeles, situado a medio camino entre La Habana y Matanzas, en el noroeste de la provincia española de Cuba. Su padre los miró con alegría y alivio, contento de volver a casa. La Habana podía ser agotadora, sobre todo para él, acostumbrado a una vida entre algodones en la que ellos, y solo ellos, marcaban el ritmo de las horas. No era un hombre de ciudad, ni de gritos, ni de prisas. Tampoco eran cauteloso, como descubrirían demasiado tarde.

La entrada al valle era impresionante incluso para ellos, que vivían allí y la traspasaban con frecuencia. Bruno habría querido permanecer más días en La Habana, pero también suspiró extasiado ante aquella vista. Tras llegar al repecho desde el que se descendía a su propiedad, de pronto, toda la imperfección con la que el hombre estropeaba el entorno desaparecía y una respetuosa convivencia de lo humano y lo divino, de lo espontáneo y lo provocado se abría a sus pies. Los campos de caña se mezclaban con la selva, los perezosos meandros de los ríos con las extensiones de pasto, las construcciones de las ricas propiedades con la naturaleza que las rodeaba. Incluso la tierra parecía más oscura, fértil y húmeda, y las flores que salpicaban los bordes del camino más rojas, más amarillas, más grandes y bonitas.

Miró a su padre, que siempre cambiaba la cara y alzaba el cuello y el mentón, orgulloso, al entrar en su propiedad.

Juan Serrano era oriundo de Bagur, un pueblo costero de la provincia de Gerona. Su abuelo había emigrado y comprado terrenos en Cuba, que heredó y desarrolló su padre, plantando el azúcar que los había hecho ricos. Él había heredado la finca y había reformado la casa completamente pensando en una mujer, que luego fue otra. Con Lucía Gorchs había tenido dos hijos, pero uno había muerto al poco de nacer, así que solo quedaba Bruno, un joven mucho más resuelto que él, aunque a sus veintidós años aún fuera inmaduro y le costara tomarse las cosas en serio. Era su heredero y llevaba preparándolo para aquella función desde su nacimiento, pero temía que le esperaran días más difíciles que los que él había vivido. En su época todo había salido bien, principalmente porque siempre le pareció que nadie cuestionaba el orden establecido, aunque supieran que se asentaba sobre una injusticia. Juan no era inteligente, y desde su inocencia jamás se había detenido a observar con detenimiento el mundo cubano; simplemente había disfrutado de lo que la vida le había dado sin ahondar en las razones que lo habían hecho posible hasta que se casó.

Lucía no había sido su primer amor, tampoco el más intenso, pero sin duda había sido una elección acertada. Su esposa lo puso frente al espejo y le señaló dónde estaba. Le explicó por qué un mundo asentado en la esclavitud debía tener, forzosamente, un final.

La esclavitud.

Decían que era el pecado original de la isla, y cuando se ahondaba en la vida de cualquier esclavo se descubría que, con toda seguridad, lo era. La economía de Cuba se había basado desde la colonización en la mano de obra esclava. Se los arrancaba de sus aldeas en la costa africana y se los embarcaba igual que a cualquier otra mercancía para que los blancos cubanos los explotaran en sus fincas. Así que era lógico, como le decía su mujer, que un sistema de tal crueldad tuviera fecha de caducidad. También era lo justo, así que, cuando de noche aún se acercaba a la habitación de Bruno para verlo dormir plácidamente como cuando era niño, inevitablemente se preguntaba qué era lo que el futuro depararía a su único hijo.

Y de pronto, la respuesta a su pregunta había aparecido frente a él. Todo había sido muy rápido, tan extraordinario que su cuerpo se había paralizado y su cerebro simplemente había sido incapaz de procesar lo que sucedía ante sus ojos. Un niño negro tumbado en el camino le había hecho tirar de las riendas con urgencia para frenar en seco al caballo que tiraba de su cabriolé. Era pequeño, no tendría más de ocho años y su piel oscura resaltaba sobre la tierra amarillenta del camino. Les daba la espalda, tumbado desnudo en posición fetal.

Bruno saltó del coche mientras Juan sostenía las riendas. Se acercó al crío y le tocó la espalda levemente, intentando que se girara. Su cuerpo estaba caliente y Bruno notó las rápidas palpitaciones de su corazón infantil. Se inclinó sobre la cabeza para verle la cara y descubrió que tenía un aspecto sano, con sus facciones redonditas enmarcadas por el pelo rizado, denso e impermeable de la mayoría de sus esclavos. En una de sus orejas tenía un aro de madera, algo que le sorprendió, pues los esclavos del valle rara vez llevaban pendientes.

De pronto, el niño abrió los ojos.

Solo fueron unos instantes y no pronunció ni una palabra, no emitió ni un sonido, pero sus pupilas hablaron con elocuencia y Bruno supo que algo iba terriblemente mal. A la vez, sin darle tiempo a reaccionar, un sonido limpio y sutil, parecido al silbido de una serpiente, emanó del cuello de Bruno, antes incluso de que sintiera el frío que de él se apoderaba mientras su carne se abría y su sangre brotaba sin remedio por el corte largo y profundo que alguien, a su espalda, le acaba de atestar. El niño lo miraba desangrarse, serio y con los ojos clavados en los suyos.

Juan, desde el coche, alzando la cabeza por encima del caballo sin conseguir ver bien el suelo frente a ellos, no había descifrado lo que ocurría. Apenas había visto a un esclavo de color salir de entre los arbustos y acercarse a la espalda de su hijo. Había sido muy rápido, y solo cuando el desconocido se había apartado vio a su hijo caer de costado bañado de sangre. No le dio tiempo más que a un breve lamento antes de que el mismo hombre lanzara con destreza el machete hacia él, clavándoselo en el pecho. Supo que allí acababa todo, pero el dolor mayor fue por su hijo. Él había vivido más años, había prosperado, se había casado y había creado una familia: había

tenido una vida. Pero su pobre hijo Bruno tan solo había empezado a descubrir todo lo que el mundo podía ofrecer, no había viajado, no había trabajado, no había madurado, no había creado nada. Mientras sus ojos se cerraban lentamente, sintió cómo dos lágrimas silenciosas le recorrían las mejillas. Nada había valido la pena.

A las nueve, cuando se hizo evidente que algo había sucedido, Lucía Gorchs de Serrano empezó a alarmarse. Su marido era puntual como un reloj y hacía ya casi cuatro horas que tendría que haber oído las ruedas de su coche de caballos avanzar sobre el camino de tierra que daba acceso a la casa. Preocupada porque hubieran tenido algún incidente, pidió al mayoral que organizara varias patrullas de búsqueda; también mandó un mensaje a las otras casas del valle para que los plantadores vecinos estuvieran alerta. Ella se quedó en la suya, paseando por el jardín al que dedicaba gran parte del día y hablando a los árboles, con los que siempre se sinceraba más que con las personas.

Dos horas después encontraron los cadáveres de su esposo y su hijo. Manuel Mantecón pidió que los limpiaran y los cubrieran con una sábana antes de presentárselos a su patrona. El mayoral no quería que Lucía recordara a sus familiares en el estado en el que él los había descubierto: tumbados en un lado del camino junto al coche que los había transportado y el caballo, que fiel a sus amos había permanecido a su lado. La hierba sobre la que se recostaban estaba empapada de sangre. Parte provenía de los cortes que tenían en cuello y pecho, pero la mayoría procedía de una incisión mayor por debajo de las costillas. Al verla, supieron que a ambos les habían arrancado el corazón y algunos de los que se encontraban alrededor se santiguaron horrorizados, temerosos de que aquello fuera fruto de algún ritual demoníaco.

Lucía lloró silenciosamente mientras acariciaba la cara de ambos. Luego, con la cabeza baja, se dio la vuelta y todos vieron cómo su figura delgada y huesuda se alejaba por el jardín, desprendida de la energía que la acompañaba siempre, rota de dolor.

II

Los días que sucedieron al asesinato de Juan y Bruno Serrano alternaron la tristeza con la inevitable sucesión de gestiones que requería un suceso de tal calibre. La Guardia Civil pisó el Valle de los Arcángeles por primera vez en años para tomarles declaración. Una mera formalidad, pues ni Lucía ni ninguna de las personas de la hacienda pudo dar pista alguna del móvil del crimen, y todos sabían que, incluso de haberla tenido, habría sido difícil que encontraran a los culpables. Los guardias inspeccionaron los cadáveres, que mantenían rodeados de hielo para que no se descompusieran demasiado rápido en medio de aquel calor y, cuando se fueron, enseguida los domésticos los colocaron en los ataúdes y los llevaron a la iglesia del ingenio, donde fueron velados una noche entre los cantos profundos y tristes de los esclavos africanos y las puntuales llamadas a la oración. Todo el valle pasó a ofrecer sus respetos y los plantadores de las dos haciendas vecinas acompañaron a Lucía gran parte del tiempo.

Pero conforme las horas pasaban nuevas preocupaciones venían a la cabeza de la plantadora. Lucía pensó que era curioso. El asesinato de su familia planteaba unos problemas que causaban en ella una reacción extraña. En lugar de ahogarla, parecían su tabla de salvación, en vez de desanimarla, la animaban a la lucha. Pensar en dificultades que, aunque titánicas, podía resolver, alejaba su mente de las que, encerradas en ataúdes, eran ya insalvables. Se había quedado sola al frente de una explotación enorme, con cientos de personas a su cargo. La zafra de la caña había terminado, pero un ingenio azucarero de las dimensiones de San Gabriel descansaba poco y necesitaba constante supervisión. Incluso Manuel Mantecón, que contaba con su absoluta confianza, necesitaba informar a alguien por encima de él y siempre había decisiones que tomar. Debía aprenderlo todo de aquel negocio si, como era su intención, pretendía mantenerlo a flote y que sobreviviera a aquella tragedia. Que sobreviviera a su generación. Sin darse cuenta, había dejado de llorar, y todos los que le daban el pésame parecían más afectados que ella. Los músculos de su cara se habían tensado de nuevo como los de una planta necesitada de agua después de

ser regada. En medio de aquella tristeza, Lucía descubrió su fortaleza, y pese a que sabía que no volvería a ser la misma, que enterraría lo mejor de su vida a la mañana siguiente, se dijo que el homenaje que dedicaría a su marido y a su hijo sería no derrumbarse, no permitir que el asesino que les había quitado la vida también se llevara la suya.

Por la mañana, tras contemplar cómo los ataúdes desaparecían cubiertos por la tierra rica y húmeda de su finca y volver a pie hacia su casa, a varios kilómetros del cementerio de la plantación, su mayoral se acercó discretamente a ella.

—No tiene nada de lo que preocuparse patrona. La zafra ha ido bien y ya ha acabado. Tenemos tiempo para planificar la siguiente. Incluso si no quiere seguir con esto, los Viader y los Abbad estarían deseosos de comprar San Gabriel. Ambos me lo han hecho saber.

Los Viader eran propietarios de San Rafael y los Abbad de San Miguel, las otras dos plantaciones que ocupaban el Valle de los Arcángeles.

—No vendo —dijo ella secamente—, que nadie piense eso ni por un segundo. Soy compradora, no vendedora. Le puede decir a los Abbad y a los Viader que si quieren vender ellos, yo gustosamente les compraré sus plantaciones. No dejaré mi finca en otras manos. Nunca. Ni a mis esclavos. Si ese es un rumor que corre por el patio de la negrada, en el batey o en las casas de los trabajadores, encárguese de dejarlo claro. Me quedará aquí.

—Entonces deberá... —apuntó Manuel.

—Aprender, lo sé —lo interrumpió Lucía—. Lo haré. Si mi marido pudo, yo podré. El patrón Juan era bueno. Yo no soy tan buena, pero soy lista. Mañana mismo empezaremos.

—Pero usted es...

—No se le ocurra ni por un segundo decir lo que va a decir Mantecón —lo volvió a interrumpir Lucía—. Soy una mujer, pero tengo más fuerza y arrestos que el ochenta por ciento de los hombres de este valle. Puedo con esto y con lo que me venga encima. Y soy su patrona, así que no dude nunca más de mi fuerza porque temerá que se la demuestre.

El mayoral calló avergonzado mientras caminaba dos pasos por detrás, viéndola arrastrar con decisión su vestido negro por la

tierra del camino. Al observarla percibió cómo la mujer recuperaba poco a poco su energía y lamentó haber dudado de sus capacidades. Además, Lucía Gorchs tenía una gran ventaja sobre cualquier otro que les hubiera dirigido. Era querida. Por todos, o casi todos. Había prohibido los castigos físicos, alimentaba a sus esclavos mejor que en ningún otro de la isla y su preocupación por ellos parecía genuina y no solo motivada por el beneficio económico que le podían proporcionar. Se había ocupado de crear un hospital bien surtido y trasladar los barracones de las casi setecientas vidas que le pertenecían a un lugar más aireado y salubre, mejorando sustancialmente la existencia de aquellos infortunados que, pese a todo, se sabían privilegiados entre los de su posición. Manuel se giró para observar cómo respetuosamente todos los trabajadores y esclavos de San Gabriel les seguían en silencio.

Recorrieron el camino desde el cementerio hasta la casa inglesa, como llamaban por su aspecto británico a la casa del plantador en San Gabriel. La luz entre los cañaverales aún bajos alternaba con la sombra densa de la selva tropical, repleta de palmeras, lianas y ficus cubiertos de epífitos. A su alrededor, el sonido de catacubas, cateyes y tocororos, aves de una fauna viva y alejada de su luto, que acompañaba a la silenciosa procesión, que se iba reduciendo a medida que cada grupo se desviaba hacia sus viviendas. Cuando llegaron a la casa de la patrona, solo la acompañaban el mayoral y la veintena de esclavos domésticos que atendían la mansión.

Manuel Mantecón se acercó a ella y se quitó el sombrero respetuosamente.

—Siento muchísimo todo esto, patrona. Echaremos de menos al patrón Juan y al señorito Bruno.

Vio cómo los ojos de Lucía se humedecían, pero antes de que derramaran una lágrima la mujer se volvió para que no pudiera verla llorar. Su angulosa espalda se irguió de nuevo orgullosa antes de respirar profundamente para responder.

—Gracias, señor Mantecón. Hay mucho que hacer. Mañana le espero para desayunar a las siete. Planificaremos el día. Ha muerto mi familia, pero no morirá mi plantación.

Luego, sin mirarle, Lucía Gorchs subió los cuatro escalones que la separaban de la puerta de su casa y entró decidida. Tenía algo

más que hacer. Se dirigió sin pausa a la biblioteca de la casa, ubicada en una de las esquinas de la planta baja. La sala, revestida de oscura madera de caoba y con vistas a una de las avenidas del jardín principal, estaba repleta de libros de suelo a techo. A su marido los libros le parecían decorativos; a ella le apasionaban. Había leído muchos y releído varias veces los que versaban sobre botánica, su gran pasión. La biblioteca también era el lugar en el que se despachaban los asuntos del ingenio. Un *bureau bombé* frente a la ventana era el centro de operaciones de la casa. Se sentó frente a él, ocupando el lugar que hasta entonces era el de su marido.

Había decidido que continuaría con la explotación, que saldría adelante y le daría un futuro, pero si no actuaba, el futuro sería breve. Tenía cincuenta años. De haber sido más joven, habría buscado marido, o quizás no, pero hubiera tenido la posibilidad de engendrar un nuevo heredero. También podría haber adoptado a alguno de los niños del patio de los negros, uno de los que para sus madres tan solo parecía una carga, pero también descartó aquella posibilidad. Sentía que lo único que podía hacer era buscar un heredero en su familia.

Conocía poco a la de su marido, que jamás había hablado de sus sobrinos o primos. Sabía que su cuñado tenía un hijo, quizás dos. Vivían en Gerona, y que ella recordara nunca les había escrito o mostrado interés. No creía que hubiera rencor entre ellos, pero tampoco el amor que se espera de dos hermanos. Buscó su dirección y le escribió con las malas nuevas, preguntándose por qué el ser humano se sentía más obligado a informar de las malas noticias que de las buenas. Luego se quedó mirando hacia fuera. El día era claro, con un cielo sin nubes, sin filtro para el sol cegador de la Gran Antilla. Los árboles crecían en cada esquina, fuertes, grandes, con formas que en su espontaneidad demostraban la perfección con que la naturaleza los había creado. Al final de la avenida de hierba espesa y fresca que atravesaba el centro del jardín, había colocado, al llegar a Cuba, una santa Eulalia, patrona de su Barcelona natal, a la que a veces añoraba, pero no había deseado volver. Su mirada se perdió en aquel horizonte perfecto hasta que, inesperadamente, un pájaro se posó en el alféizar, cerca de ella. Parecía mirarla. Era una catacuba, un pajarillo de apenas diez centímetros,

de color verde intenso y brillante, con plumas amarillas alrededor del pico y pecho gris con matices rojos. Tenían un canto curioso y al volar, sus alas generaban un sonido vibrante muy característico. Volaban muy poco, como los gorriones, posándose cada pocos metros. Lucía solo los había visto en Cuba y le encantaban.

—¿Y qué será de mi pobre ingenio, pajarillo? —le dijo, sin parecerle que hablar a un pájaro tuviese nada de raro—. Dime tú, ¿qué será de San Gabriel?

Descartada la familia de su marido, la respuesta estaba en la suya. Tenía primos en Lérida, pero la solución más lógica era legarlo al hijo de su hermano. El inconveniente estribaba en que era su único hijo y que, probablemente, no quisiera abandonar a sus padres, ni dejar Barcelona, donde vivía. Podía provocar un conflicto con su hermano Rogelio, al que adoraba. Se escribían, mantenían el contacto y se añoraban sinceramente. No quería arrebatarle a su hijo y, sin embargo, era la mejor solución para la hacienda. Si se lo pedía y él se negaba, un muro invisible se interpondría para siempre entre ellos. Ella sentiría que no la había ayudado y Rogelio que ella no había pensado en él.

—¿Quién llevará este ingenio? Dime pajarillo... ¿Dónde encontraré a quien me suceda? —se oyó repetir.

De pronto, el ave levantó el vuelo y, describiendo pequeñas parábolas, avanzó por la avenida del jardín. Lucía salió al exterior y movida por no sabía qué fuerza lo siguió sin pensar. No le hizo falta correr, pues el pajarillo parecía esperarla, posándose cada pocos metros, animándola a seguirlo. Luego, dejó de volar y se quedó quieto, mirándola de nuevo en el lugar que parecía su destino final. Lucía se acercó. Aunque no era supersticiosa, estuvo segura de que la naturaleza, sabia e intuitiva, le indicaba por dónde seguir. Posada a los pies de la estatua de la santa, la catacuba la esperaba. Lucía leyó en voz alta la inscripción que conocía bien. Una inscripción que le confirmaba donde debía buscar a su heredero: «Santa Eulalia, patrona de Barcelona».

Su hermano tendría que aceptar.